

FE, PUEBLO, PODER EN LA ARGENTINA

Prolegómeno

Conviene señalar que no es tarea fácil la de expresar lo que está ocurriendo en la Argentina. Como resultado de la experiencia que se ha venido realizando, se siente de una manera muy viva que el intento de subsumirla o asumirla con categorías ya existentes puede falsear su realidad más profunda. Podríamos decir que se trata de una experiencia original en búsqueda de los conceptos capaces de expresarla sin desfiguraciones. Con esto no se pretende negar en modo alguno la originalidad de otras experiencias. Lo que ocurre es que en la Argentina la experiencia histórica realizada, y en realización, incluye, como uno de sus elementos, la resistencia al encasillamiento en moldes preestablecidos. El problema podría ser planteado de este modo: ¿Vamos a someter nuestra experiencia a una racionalización conceptual ya constituida para juzgarla desde allí? o ¿Debemos, por el contrario, juzgar desde nuestra experiencia intensamente vivida e innegable todo tipo de racionalidad conceptual previa?

Podemos por ello decir que lo vivido por nuestro pueblo le ha hecho tomar conciencia de sí mismo en su irreductible originalidad. Muchas veces no es sino una conciencia experimental y no refleja pero lo suficientemente fuerte como para rehusar su sometimiento a una conceptualización sistemática exterior y ajena. En otros casos se dan tentativas fluctuantes de explicitación que van perfilando progresivamente sus contornos. En todo caso, existe una profunda inquietud e insatisfacción frente a todo intento de racionalización que no brote de la misma experiencia del pueblo.

La experiencia del pueblo se destaca así como instancia suprema y lugar crítico de todo intento de racionalización. Y con ello se descubre la falacia e ineptitud de pretendidas racionalidades que, en lugar de acoger y expresar la experiencia del pueblo, se empeñan en juzgarla, aceptarla o rechazarla por su conformidad o disconformidad con coherencias sistemáticas supuestamente científicas y ortodoxas.

Conforme a lo apuntado, podríamos decir que la racionalidad sólo es tal cuando en ella se consuma y culmina la experiencia del pueblo. Las meras conceptualizaciones sistemáticas que han dejado de echar raíces en el suelo nutricio de la experiencia del pueblo, se convierten en ficción de racionalidad. Un pensar auténticamente racional no puede pretender, en modo alguno, sobreimponerse conceptualmente, según exigencias sistemáticas, a la experiencia del pueblo. Debe, por el contrario, llevarla a la representación conceptual y a la palabra. Pero debe quedar en claro que sobre la experiencia histórica del pueblo no podrá nunca decirse la última palabra. Y esto porque la palabra lograda en un auténtico pensar indica y apunta siempre por encima de lo ya acogido en la experiencia del pueblo hacia lo no acogido aún o aún encubierto. Dicho de otro modo, en lo acogido y expresado en un auténtico pensar resuena la apelación de lo aún encubierto.

Con esto se ve que no basta para la plena racionalidad de un pensar el que éste acoja lo que ya se ofrece en la experiencia del pueblo. Es necesario además que se constituya en animador de una experiencia ulterior, dispuesto a acogerla siempre y llevarla al concepto y la palabra. Por ello el pensar auténtico, siendo acogedor de la experiencia del pueblo, se mantiene interrogante de la misma por encima de lo que ella ya ha manifestado.

Con esto señalamos que la experiencia del pueblo sobrepasa y trasciende toda explicitación. Se trata, en efecto, de una experiencia histórica que supera sus propios logros y, con éstos, las explicaciones conceptuales, verbales e institucionales de los mismos. Supera, mucho más aún, claro está, los escolasticismos de cuerpos doctrinales que, nacidos quizás otrora de verdaderas experiencias legitimantes, olvidaron su origen y se absolutizaron. Con tanta mayor razón si esas experiencias son foráneas. Pero se trata, asimismo, de una experiencia de pueblo que no se deja atrapar por proyecciones y prospectivas anticipatorias elaboradas a nivel de conceptualización explícita sistemática con ayuda de computadoras o de imaginación creadora.

Al señalar esto último, no pretendemos, en modo alguno, negar la importancia y el valor de la técnica y la imaginación. Sólo apuntamos al carácter inédito y original de la experiencia del pueblo, que no se deja atrapar en las redes de conceptualización sistemática alguna, sea ésta estática y quedantista o dinámica y planificadora.

Por ello, lo que constituye la racionalidad de una conceptualización sistemática no es meramente su coherencia interna, ni su perfección explicitante o anticipante. Lo que verdaderamente constituye la racionalidad de todo intento conceptualizador es su originación desde la experiencia del pueblo, su permanente interrogar y auscultar a la experiencia del pueblo, y su indefectible referencia autocrítica a dicha experiencia.

En otras palabras, se trata de que las coherencias conceptuadas no son racionales sino en cuanto incluidas en un dinamismo de "pensar", y el pensar no es tal si no arraiga en la realidad concreta de la experiencia histórica del pueblo. La irracionalidad mayor es servirse de tales coherencias para o impedir el pensar, u ocultar y desfigurar la realidad.

Conviene, sin embargo, señalar aquí que lo que hemos venido llamando experiencia de pueblo es una creciente conciencia de sí del pueblo. Es conciencia originaria de sí del pueblo en su praxis histórica. Al decir conciencia pretendemos distinguirla de toda conciencia de sí que supondría ya la explicación conceptual. Y al decir originaria queremos distinguirla de toda conciencia refleja que se asumiera conceptualmente. Se trata pues de un nivel preconceptual del que toda conceptualización debe brotar para ser auténtica.

De lo dicho se colige la racionalidad de toda praxis teórica, aunque tentativa y explorativa, que arraigue en, y brote de, la experiencia del pueblo. No pueden, por ello, tildarse de irracionales las imprecisiones conceptuales y las deficiencias sistemáticas cuando ellas prenden raíces y se ponen al servicio de la experiencia histórica del pueblo. Cuando la praxis teórica está así arraigada, tiende a acoger sin desfiguraciones la experiencia del pueblo según las dimensiones que ésta pueda haber alcanzado para permitir su ulterior desarrollo. Las deficiencias, la precariedad y la provisoriedad de las conceptualizaciones y formulaciones explícitas apuntan a la riqueza inédita e inagotable de la experiencia de que brotan y a la que pretenden servir.

Se pone así en evidencia la irracionalidad del comportamiento de quienes critican a la praxis teórica explorativa que arraiga en la experiencia del pueblo, tomándola meramente a nivel de conceptualización y formulación, y aislándola de la experiencia que allí busca expresarse. Normalmente esto se hace sometiendo dicha praxis teórica al juicio de un cuerpo doctrinal ya constituido que se pretende paradigma de racionalidad pero que ha dejado de ser racional en la medida misma en que ha cesado de alimentarse de la experiencia histórica y no se deja cuestionar por la misma. Todo cuerpo doctrinal de este tipo se ha intemporalizado y sólo logra una apariencia de racionalidad en la coherencia sistemática de conceptos que trabajan en el vacío de contenido histórico real. Nos hallamos ante la irracionalidad de una pseudo ortodoxia. Porque la verdadera ortodoxia proviene de la experiencia histórica real y se realimenta de la misma.

El comportamiento crítico verdaderamente racional frente a una praxis teórica, imperfecta quizás pero que surge de la misma experiencia histórica, es el que pretende realizar otra praxis teórica más fiel a dicha experiencia. Es evidente el absurdo en que se cae cuando se rechaza una experiencia histórica porque son imperfectas las formas en que ella se va expresando conceptual y verbalmente.

En la experiencia política argentina, expresada por la relación Poder-Pueblo, podría decirse que la llamada "tercera posición", como contrapuesta a los dos sistemas del Capitalismo y Socialismo, es un intento de superar el absolutismo de lo sistemático. No se trata por ello de un nuevo sistema que tomara algo de uno y otro o pretendiera edificarse equidistantemente de ambos. Se trata más bien de un intento para señalar a la experiencia histórica concreta de nuestro pueblo como fuente originaria de toda sistematización. El nivel de lo sistemático no pierde por ello importancia pero se despoja de su carácter de instancia suprema desde la que habría de juzgarse el sentido de la experiencia del pueblo y de las etapas de su marcha histórica. La instancia suprema y crítica pasa a constituir la experiencia histórica política del pueblo que procura realizarse desde sí mismo y elaborar una conceptualización sistemática respetuosa de su originalidad. Pero es evidente que en este caso toda sistematización es una montura provisoria con que se pretende cabalgar sobre una experiencia histórica cada vez más rica.

Concomitantemente en la relación Fe-Pueblo se procura respetar la originalidad de la experiencia religiosa del pueblo sin someterla a los supuestos tribunales supremos de cuerpos doctrinales intemporalizados o foráneos ya sean regresivos o pretendidamente progresistas.

Por su parte, en la dimensión Fe-Poder, se destacan las dificultades que experimenta una Iglesia para ejercer una auténtica crítica positiva cuando está acostumbrada a hablar intemporalmente y ab-aeterno o sueña con modos de actuación que otrora pudieron ser válidos pero han perdido ya su vigencia. Se pierde entonces la capacidad de asumir provisoria e interrogantemente desde la creciente experiencia original del pueblo los caminos de crecimiento y profundización en la fe con las consecuentes transformaciones institucionales.

I. PODER-PUEBLO EN LA ARGENTINA

1.—Estructura del Poder Político

Según Perón la etapa demoliberal que ha dominado el mundo du-

rante los siglos XIX y XX ha llegado a su fin. El pretendía pasar de ese sistema eminentemente político a otro sistema eminentemente social.

Tampoco aceptaba Perón la postulación corriente en ciertos círculos sociológicos y antropológicos de que la estructura social en una sociedad dada controlaba y condicionaba ineluctablemente todas las estructuras y comportamientos de las diversas instituciones de dicha sociedad, aun de la institución política. Por ello afirmaba Perón la irreductibilidad de los actos, de las decisiones y de las opciones del hombre —y sobre todo del conductor político— a las condiciones de que habían surgido y a los conceptos analíticos de esas condiciones estructurales.

Con lo primeramente dicho, señalaba que no confundía en modo alguno las formalidades de la ley con las realidades de poder que aseguran el cumplimiento de las leyes. Con lo segundo excluía la preeminencia irreductible del sistema sobre la experiencia del pueblo. Por ello rechazaba la concepción ideológica de todos aquellos que pensaban que el sistema imperante sólo podía lograrse por la instauración violenta de otro sistema.

La estructura del poder político, en la presidencia de Perón, podría expresarse como la de **una fuerza nacional que tendía a aglutinar todos los sectores sociales, con la clase trabajadora como columna vertebral, para la reconstrucción nacional y la liberación nacional, bajo la conducción de Perón como intérprete reconocido de la experiencia del pueblo y expresión del deseo de las grandes mayorías nacionales, aun de la oposición.**

Para obtener esa reconstrucción y liberación había Perón forjado un pacto social en que se unían empresarios de la Confederación General Económica, los trabajadores representados por Confederación General del Trabajo y el Estado. El mismo Ministerio de Trabajo es un dirigente obrero.

Simultáneamente se procuraba mantener un diálogo permanente con los dirigentes de la oposición. Esto se hacía patente en el Poder Legislativo donde, a pesar de contarse con mayoría absoluta en ambas Cámaras de Senadores y Diputados, los proyectos se trataban en comisiones, muchas veces presididas por miembros de la oposición, antes de ser votadas en las cámaras.

2.—Las sospechas de populismo

Sería conveniente precisar el concepto de "populismo" con el que, desde el exterior, se ha tildado al gobierno peronista. Esta no es tarea fácil pues son diversas las acepciones que dicho término recibe.

En Lenín, como se sabe, el Populismo es la obra de intelectuales (desde su lejano y solitario precursor el noble Herzen en Rusia, hasta los representantes de masa, los miembros de la Unión Campesina) que van al pueblo "con la esperanza de saltar la etapa del capitalismo y de instaurar el socialismo (natural al campesino ruso) "gracias a un plan de reforma agraria radical". En síntesis, según Lenín en su Democracia y Populismo en China, las tendencias ideológicas y políticas que caracterizan el populismo son el pretendido pasaje del feudalismo al socialismo sin la etapa del capitalismo, a través de la reforma agraria.

Los herederos de Lenín en URSS, en Europa y en América Latina, parecen tener como definición adquirida que el populismo es un fenómeno de movilización política bastante confuso, que, en los países económicamente atrasados, se manifiesta en impaciencia por satisfacer a toda costa

las reivindicaciones de las masas. Sería un movimiento sin verdadera estrategia que carente de un análisis científico de la realidad social, llega siempre al fracaso y debe ceder el puesto al único movimiento revolucionario verdaderamente científico: el marxismo.

Otros entienden por populismo la manifestación de un retardo ideológico político de las masas en movimiento, pero sin dirección real o con una dirección extraña a sus intereses históricos, aun cuando ésta pueda coincidir con sus reivindicaciones inmediatas.

Finalmente se entiende también por populismo el "Partido o movimiento pluriclasista que, a través de relaciones de clientela, manipula las masas populares en proceso de adaptación urbana, por medio de símbolos carismáticos a fin de incorporarlas al sistema social vigente, por la vía del consumo".

Sintetizando de alguna manera, encontraríamos los siguientes elementos:

- a) Atraso económico del país.
- b) Retardo ideológico de las masas.
- c) Manipulación de las masas para incorporarlas al sistema vigente.
- d) Carencia de análisis científico de la realidad social.
- e) Partido o movimiento pluriclasista tendiente a perpetuar el sistema.
- f) Utilización de símbolos carismáticos.

Con respecto a esos puntos podría decirse:

- a) El PBT alcanza en la Argentina a 24.000 millones de dólares.
El PB por habitante alcanza a 1.000 dólares.
El Salario mínimo obligatorio llega a 1.400 dólares anuales.
Hay 190 médicos y dentistas por 100.000 habitantes.
Las calorías diarias por habitante llegan a 3.170.
El número de personas por automotor es de 11,5.
El analfabetismo alcanza a 8,5%.
La mortalidad infantil llega a 54,9 por mil.
La esperanza de vida es de 67 años.
- b) Desde 1946 a 1955 época del gobierno peronista, pero sobre todo desde entonces hasta 1973 en que los peronistas vuelven al poder después de 18 años de proscripción, persecución y ostracismo, el movimiento peronista vertebrado en torno a la clase trabajadora ha abierto a las últimas generaciones argentinas un proceso histórico de orientación nacional y antiimperialista desde el cual todo el pasado cobra mayor claridad. Con él se ha abierto una época nueva e irreversible en la historia del país: la de la irrupción de las mayorías en las decisiones del gobierno y en la reconstrucción y liberación nacional. Se ha hablado de construcción de la patria socialista. Perón y los trabajadores, frente a las confusiones engendradas por quienes sólo soñaban con modelos socialistas foráneos, prefirieron últimamente hablar de peronismo y justicialismo. Pero decía en 1973: "los demás hablan de socialismo, nosotros de justicialismo. Somos decididamente antimarxistas". Y junto con los sectores trabajadores podía añadir: "Soy socialista, pero no socialista loco". El peronismo se presentaba como la más alta expresión de conciencia política del pueblo y de la clase trabajadora argentina.

- c) Ya desde el primer gobierno peronista los sectores populares y la clase trabajadora se convirtieron por primera vez en agente histórico, asumiendo directa participación en las decisiones políticas. Ya desde entonces comenzaron a luchar contra el sistema demoliberal que pretendía defender a toda costa la Unión Democrática, en la cual militaba el Partido Comunista. De los dirigentes de éste afirmaba un comunista que renunció al Partido para pasar junto con el pueblo al peronismo, que salían en la Argentina con paraguas cuando llovía en Moscú.
- d) Cuando se habla de carencia de análisis científico de la realidad se expresa, en verdad, que las grandes mayorías populares, con la clase trabajadora como columna vertebral, no permitían subsumir su experiencia histórica en los encasillamientos del marxismo-leninismo como ciencia universalmente válida, ni en los cuadros iluministas del cientificismo sociológico, institucionalizado en los países de cuya dominación quería liberarse la Nación.
- e) Ya desde los comienzos el peronismo fue pluriclasista, uniendo a todos los sectores que de algún modo están sometidos a la explotación imperialista. Uno de los Principios de la Doctrina Peronista era —como solía llamarlo Perón— el apotegma: “Hay una sola clase de hombres: los que trabajan”. Con ello centraba la contradicción principal en la oposición de nación-pueblo, contra imperialismo. No se pretendía ciertamente negar las contradicciones sociales. Pero se trataba precisamente de poner en marcha una gran experiencia nacional, vertebrada en torno a la clase trabajadora, que pusiera en juego las ordenaciones sociales imperantes. De hecho la clase trabajadora alcanzaba en 1974 a un 47% en la participación del PBI. En 1973, antes de subir al poder el gobierno peronista su participación había disminuido a un 36%. Sólo en el año y medio de gobierno peronista actual ha vuelto a alcanzar un 44% y sigue creciendo. Y estas no son meras concesiones sino verdaderas conquistas de la clase trabajadora, que acepta, sin embargo un pacto social con el sector empresario y el Estado.
- f) No se ha apelado a símbolos carismáticos. Que Perón era considerado por muchos, aun por sus adversarios y opositores, como carismático, es innegable. Pero esto no lo hace caer en la categoría Weberiana de “autoridad carismática”. Tuvo, ciertamente, cualidades específicamente excepcionales para interpretar la experiencia del pueblo y para ser reconocido por éste como intérprete. Pero el carisma de Perón se ha manifestado aun en los 18 años de exilio, conduciendo a los distintos sectores del pueblo a una experiencia que la historia misma ha validado. Perón tenía la rara capacidad de fundirse con la masa del pueblo y encarnar sus reales anhelos, aun cuando éstos se manifestaran en un nivel cultural precario desde el cual debían elevarse, pero que encerraban en estado prístino los auténticos gérmenes de actitudes vitales que convergían hacia la realización personal y nacional. Algunos han tildado de irracionalidad esta estrecha relación de pueblo-líder. Sin embargo, ella encierra una racionalidad mucho mayor que la supuesta racionalidad de dirigentes políticos entrenados con consignas y fraseología intelectuales, surgidas de una aprehensión apriorística de la historia y de la situación actual del país, pero no de la experiencia real de los problemas de un pueblo de carne y hueso, en situación nacional e internacional muy concreta.

3.—La participación popular

Desde diversos sectores se ha insinuado la crítica y aun la duda sobre el papel verdadero que de hecho juega la clase trabajadora, y especialmente la obrera, en el pacto social. Ese pacto ha sido elaborado como camino para llevar a cabo una revolución sin infantilismo revolucionario, prefiriendo ahorrar sangre aunque utilizando más tiempo.

Ya en Marzo de 1955, no muchos meses antes de la caída de Perón, se había realizado un acuerdo sobre productividad. La CGE (Confederación General Económica que agrupa sobre todo a la pequeña y mediana empresa de capitales nacionales) y la CGT decían: "Las partes reconocen y declaran que la consecución de los altos objetivos que persiguen no podrá lograrse sin la existencia de armoniosas relaciones entre ellas y de un clima de auténtica solidaridad social que facilite y estimule la colaboración recíproca de empresarios y trabajadores".

Hoy se instaura un Pacto Social y aún se llama a la unión de todos los argentinos en la tarea de reconstrucción para la liberación. Algunos sienten que esta unión debería darse entre la inmensa mayoría de trabajadores que constituyen ese pueblo carente de poder económico y que vive de su trabajo personal. En esa unión no podrían pues entrar aquellos sectores que se benefician con la actual situación. Más bien debería darse lucha contra ellos.

Por otra parte el Pacto Social quedaría cuestionado por dos razones principales: 1) De hecho la CGT parece haber aceptado que la hegemonía del Pacto está en manos del sector empresario. Y, con todo, podía haberse dado el Pacto reteniendo la central obrera el poder de conducción.

2) La CGE se ha fusionado con la UIA (Unión Industrial Argentina que abarca aun el gran capital local y extranjero). Con esto se modificaría el carácter de la CGE. Representaría ella solamente al empresariado nacional, víctima de la agresión económica externa, o representará a todos los empresarios sin distinciones? Con esto quedaría aún más cuestionada la hegemonía del sector empresario que se había señalado anteriormente.

A estos puntos habría que añadir el cuestionamiento de parte de varios elementos de las bases sindicales y de sectores de la juventud, con respecto a la, así llamada, burocracia sindical que estaría comprometida con el sistema. Esta crítica proviene, sin embargo, de trabajadores de cuello blanco y de juventudes universitarias, al menos en su mayor parte. La JP (juventudes peronistas, unidas hoy a los Montoneros y a la FAR, Fuerzas Armadas Revolucionarias) piensan que Perón carece de la Ideología necesaria para encauzar un verdadero proyecto hacia el Socialismo. Pienzan ellas que para encaminarse hacia esos objetivos sería necesaria la organización de un ejército popular, cosa que Perón nunca se decidiría a encarar. Por ello asumen ellas mismas esa tarea.

Frente a esas críticas Perón apela a las posibilidades que la realidad ofrece. De mí no harán Uds. otro Allende, ha repetido varias veces. A este respecto son interesantes sus palabras en el último Congreso Justicialista realizado el 24 de Mayo de este año, es decir, menos de un mes y medio antes de su muerte:

"Considero que debemos tomar las cosas con realidad. Sin embargo hay algunos que quieren expulsar a todas las compañías que hasta ahora han sido multinacionales. Mientras tanto en otro sector vecino se sostiene

ne que no hacemos inversiones y que los extranjeros no invierten aquí. Entonces, pregunto: ¿a cuál de estos dos les hacemos caso? Creo que a ninguno de los dos, máxime que en lo que se refiere a esas compañías extranjeras nosotros tenemos el poder de decisión. Vale decir, si ellas están de acuerdo con las leyes que se han dictado, deben hacer lo que decimos nosotros. Para ello no necesitamos expropiarlas ni echarlas del país; en virtud de que constituyen factores de desarrollo indispensables... Y si algunos extranjeros quieren invertir, ellos serán bienvenidos siempre que obedezcan las disposiciones que nosotros tomemos respecto de su producción.

“Hace poco se ha producido un fenómeno que ha puesto en claro esta situación. Varias empresas industriales pusieron reparos para exportar a países que a ellos no les eran gratos. Se llamó a esos señores y se les dijo: Si son gratos o ingratos para Uds., eso a nosotros no nos interesa; basta que sean gratos para nosotros... Hicimos los acuerdos con los países a los cuales queríamos venderles y les vendimos. Si esos señores se hubieran seguido oponiendo, hubiésemos tomado otras medidas. Esto no fue necesario hacerlo, porque en seguida vinieron y dijeron: Si, señor, nosotros hacemos lo que dice el Gobierno. Para nosotros eso es suficiente”.

Con respecto a la juventud decía en el mismo discurso: “Ya manifesté que siento una profunda admiración por la juventud, pero es preciso que esa juventud, al incorporarse al movimiento, no pretenda tomar la dirección y conducción del mismo. Somos muchos y tenemos mucha experiencia, como para entregarnos a la improvisación que puede conducirnos a un fracaso... Tenemos una juventud maravillosa pero, ¡cuidado! La juventud será maravillosa si incorpora nuestra experiencia. Si hace caso omiso a esa experiencia que nos ha costado mucho adquirir, puede producirle al movimiento muchas lágrimas en el futuro”.

4.—La escisión histórica nacional

El llamado de Perón a la unión de todos los argentinos responde a un intento por superar una doble contradicción que recorre y marca toda la historia nacional. La primera sería la contraposición de **civilización y barbarie**, y la segunda la de **Buenos Aires e Interior**. En cierto modo Buenos Aires se une a la civilización contra el Interior bárbaro.

La formulación de Civilización y Barbarie proviene de Sarmiento. Con ella compendia las luchas de un pueblo que pretendía convertirse plenamente en nación contra una minoría ilustrada vuelta a Europa y de espaldas a su país. Esta minoría ilustrada se empeñaba ya desde la independencia en someter al país política, económica y culturalmente a los intereses Europeos, especialmente ingleses, por los cuales se veía favorecida. Todo lo nacional representaba la barbarie mientras lo europeo expresaba la civilización y el progreso.

El horror que a la barbarie llevó a Sarmiento a postular su aniquilación física. Sus órdenes han sido: “no ahorre sangre de gauchos, sólo es buena para fecundar la tierra”. Esta frase llevaba a su culminación el odio contra ese intento de afirmación nacional de la barbarie que impedía el éxito de los proyectos imperiales con respecto a nuestro país. La civilización estaba en Buenos Aires, con su aduana abierta al comercio con Inglaterra y su mente a las ideas francesas. Allí se hallaba el hombre decente, progresista y culto, en última instancia porque propietario. La barbarie estaba en el interior del chiripá y el desierto.

Quizá nadie mejor que Unamuno hizo la crítica de esa actitud. Su crítica alcanzaba a España misma, aunque ésta se hubiera mezclado con el indio: "El español trató de elevar al indio a sí, y esto no es en el fondo más que imposición de soberanía. El único modo de elevar al prójimo es ayudarlo a que sea más **él**, a que se depure en su línea propia, no en la nuestra. Vale, sin duda, más un buen guaraní (o un tagalo) que un mal español". Pero su crítica se vuelve a toda la minoría ilustrada y especialmente a Sarmiento, cuando al leer al Martín Fierro de los gauchos: "ellos los fundadores de la Confederación Argentina, como sus padres, los oscuros mesnaderos de la Reconquista". Y agrega en otro lugar: "alcanza ahí (en la Argentina) mucho más extensión que aquí el error de confundir el progreso con la civilización y un cierto positivismo práctico a base de cientificismo barato y de última edición popular, que cree pisar firme terreno de realidades concretas. Un estudio de pensamiento del gran Sarmiento nos ilustraría mucho a este respecto". Y hace notar su disconformidad con la prisa partidista que llevó a Sarmiento a representar la lucha argentina como encuentro entre la civilización europea y la barbarie americana: "... pero hay veces en que al leer ciertas cosas se me ocurre pensar que el buen Sarmiento, llevado de su optimismo europeizante, de aquella fe candorosa que sentía por la influencia moral del frac y de los modelos que él llamaba civilizados, no pensó que pudiera llegar un día en que haya que acudir a la barbarie —a la que él llamó barbarie— para curar lo que llamaba civilización..."

Y sin embargo esa línea civilizatoria elista, liberal e importada se afirma violentamente en la "Organización Nacional" contra Rosas primero, defensor de la soberanía y la unidad nacional, y contra el interior después. La gran "racionalidad" llegaba a la argentina desde el extranjero y desde las minorías ilustradas negadoras del pueblo "inculto y bárbaro".

Pero al final no hubo más remedio que comenzar a acudir a esa pretendida barbarie para curar a la pretendida civilización. El camino se abre en 1916 cuando con Yrigoyen ascienden al poder las clases medias de origen predominantemente inmigrante. Y ese camino culmina con el ascenso de las mayorías populares y de la clase trabajadora al poder. Ese momento lleva el nombre del que constituye el movimiento mayoritario en la Argentina: el peronismo. Las dos expresiones populares del Irigoyenismo y Peronismo, representaron para la élite ilustrada y civilizada que intentaba retornar por el fraude y el golpe, el primero a la barbarie como plebe, y el segundo fue el aluvión zoológico, los cabecitas negras y descamisados.

5—El análisis hecho por Perón

De un modo u otro Perón distinguía diversos niveles, esto era asumido por los miembros de la Secretaría Política de la Presidencia que realizaba una gran tarea de difusión en cursos a las bases trabajadoras y aun a dirigentes.

Se aceptaba como un hecho irreversible la **evolución** del mundo hacia el **socialismo**. Por momentos Perón llegaba a hablar de **determinismo histórico**. Con esto no pretendía expresar una fuerza ciega que condujera ineluctablemente los acontecimientos. Lo que señalaba con esos términos era que, por encima o por debajo del accionar consciente y planificador de los hombres, se generaba una experiencia histórica en la cual los hombres y las realidades adquirían dimensiones que superaban su propio pen-

samiento. Este era el nivel que llamaban de la evolución compendiado en teoría que afirmaba el primado de la experiencia del pueblo por sobre toda construcción conceptual.

Era evidente que las Izquierdas de inspiración marxista criticaban este planteo. Para ellas la evolución no era sino el intento de pretender cambios sometiéndose en todo a las reglas de juego del sistema imperante, con lo cual no se hacía sino confirmarlo. Lo que correspondería, según ellas, era la **revolución** como cambio radical y violento contra el sistema. Lo que ellas no percibían y no perciben era que, al sostener que un sistema sólo puede ser superado por la instauración de otro sistema, clausuraban de hecho la experiencia histórica del pueblo en el interior de lo sistemático conceptual e institucional, poniendo la primacía en el sistema.

En síntesis podría decirse que mientras Perón veía en los sistemas la expresión históricamente superable de una experiencia de pueblo superadora de todo sistema, las Izquierdas venían a hacer del sistema el sujeto verdadero de la historia que absorbía totalmente al hombre.

El segundo nivel era para Perón el de la Revolución que lanzaba al pueblo en una verdadera experiencia histórica que, sin pretender evadirse irrealísticamente de los condicionamientos sistemáticos imperantes, luchaba por objetivos irreductibles a dichos condicionamientos. Esos objetivos se expresaban en la Independencia económica, soberanía política y Justicia social. Esta experiencia y esta lucha hacían adquirir al pueblo las dimensiones superadoras del sistema que se expresaban en el nivel anterior. La **Ideología** compendia los objetivos de lucha y el conductor de la misma era Perón como intérprete reconocido por el pueblo.

El tercer nivel era el de la **Etapa**, siendo allí la **Doctrina** la que procuraba expresar los modos de implementación de la Revolución. Para la Etapa se consideraba como fundamental el lograr la Organización del Movimiento Peronista vertebrándolo todo en torno a la clase trabajadora.

El cuarto nivel sería el del **Momento actual** donde hay proyectos en ejecución en el ámbito económico y social que socaban los fundamentos del sistema. Es aquí donde se da la lucha con los sectores de la derecha y los poderosos intereses ligados al mismo. Estos perciben ya la amenaza que implica la experiencia en marcha.

En síntesis:

- Primer Nivel; Experiencia histórica del pueblo en marcha hacia un socialismo que sea verdadera expresión de su experiencia. **Evolución.**
- Segundo Nivel; Conducción realista hacia objetivos que alimenten esa experiencia desde los condicionamientos vigentes. **Revolución.**
- Tercer Nivel; Las modalidades de implementación a través de la Organización del Movimiento Peronista, que ha de ser dirigido por peronistas y no ya por Perón. Consolidando la clase trabajadora para que asuma la hegemonía del proceso y lo vertebre. **Etapa.**
- Cuarto Nivel; Los proyectos de ejecución en lo económico y social, venciendo las resistencias de minorías poderosas. **Política.**

Hay que notar que considerando al Movimiento Peronista como constituido fundamentalmente por el **Sindicalismo**, los **Políticos** y las **Juventudes** se han realizado intentos para copar el Movimiento desde cada uno de esos sectores. La Juventud lo ha intentado a través de los montoneros, el Sindicalismo a través de Lorenzo Miguel desde las 62 organizaciones que expresan el accionar político sindical. Y los Políticos lo han pretendido a través del Senador Martiarena, hombre de derecha. Perón había sabido neutralizar esos intentos hegemónicos reafirmando su carácter de Conductor indiscutible para las grandes mayorías.

6 —Cómo quedan las cosas con la muerte de Perón

No pueden hacerse juicios definitivos y hay que abrir un compás de espera. Al romperse la unión Perón-Pueblo, surgirán las luchas por asumir la hegemonía. El Pueblo había sido declarado por Perón su único heredero. Pero ¿como será capaz de asumirlo el Gobierno o los sectores que quieran liderarlo? ¿Se convertirán en intérpretes elitistas negadores de la experiencia del Pueblo como lugar crítico fundamental?

a) En qué situación queda el gobierno

Un Gobierno que se quiera ortodoxamente peronista pero sin Perón necesita encontrar apoyos aún en la oposición. Ahí surge la importancia de Balbín que ha sabido prestigiarse mediante sus frecuentes contactos con Perón.

Puede resquebrajarse la ortodoxia peronista y tenderse a la Coalición:

Integrando en el Gobierno a diversos partidos.

Formando un Frente de Liberación Nacional.

El Radicalismo de Balbín se opondría a esto. Pero no el Radicalismo de Alfonsín y la Juventud Peronista.

Consideraciones a esas hipótesis

Podría ocurrir que Perón continuara teniendo una autoridad legítima a través de su Doctrina, e Isabel, como elegida por Perón, participara de algún modo del carisma de él.

Pero la capacidad interpretativa de Perón y su capacidad de conducción a base de ellas parecen intransferibles. Si Isabel no logra conducir o si falla en su conducción, toda herencia carismática será cuestionada.

¿Cómo podría mantenerse el Pacto social como apoyatura del proceso, si la autoridad de Isabel no tiene la fuerza de la de Perón? ¿Puede Isabel jugar su autoridad como lo hizo Perón el 12 de Junio para apuntalar el Pacto social?

Isabel podría apoyarse en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). Pero la UOM a pesar de todo su poder, organización y dinero ¿es capaz de propender a una evolución revolucionaria hacia el Socialismo apoyada en la experiencia del Pueblo?

b) El actuar del pueblo

Puede pretender un acceso más efectivo al Poder y puede lanzarse a reivindicaciones inmediatas disruptoras del Pacto Social. Y esto:

- con apoyatura en la CGT por parte de los sectores ortodoxos
- con apoyatura en las organizaciones peronistas armadas.

Podría emprenderse una acción movilizadora revolucionaria pues es previsible que la JP, los Montoneros y la FAR no se quedarán quietos.

Podría surgir un Líder aglutinante, cosa altamente improbable. Podría darse el repliegue del Pueblo hacia la pasividad y la espera. Podría darse el fraccionamiento del Pueblo hacia diversos grupos actuantes de una u otra manera.

Consideraciones a esas hipótesis

Queda cuestionada la dimensión Pueblo en la medida misma en que se pensaba que Perón era el lugar histórico de constitución del Pueblo.

Es altamente dudoso que las organizaciones armadas peronistas que se enfrentaron y criticaron a Perón mismo, puedan hoy autocriticarse y abandonar sus instrumentos analíticos de inspiración marxista. La acción movilizadora revolucionaria provocaría reacciones en las Fuerzas Armadas que pueden llegar hasta a la toma de poder. Estas encontrarían apoyo aún para la represión violenta si se engendraran situaciones caóticas.

El P. C. se mostrará defensor de la legalidad constitucional pero alen-
tará bajo cuerda a los movimientos revolucionarios.

Los líderes posibles y no probables como Tosco, Ongaro, Licastro encontrarán resistencia en las Fuerzas Armadas y en los Partidos Políticos de mayor caudal. Licastro podría encontrar apoyo en las bases sindicales y en los sectores inferiores de las Fuerzas Armadas, pero no en el Gobierno.

c) Los procesos posibles condicionantes

Desaparecido el aglutinante que era Perón los componentes del peronismo tenderán a marcar más claramente sus diferencias. Los enfrentamientos se harán inevitables.

Los Partidos Políticos tenderán a defender y apoyar el orden constitucional. Pero difícilmente se entiendan con López Rega. Lo que cuenta es pues la capacidad de Isabel de no quedar sometida a la influencia de éste. No habría que descartar el peso de Lastiri con quien los Partidos, sobre todo Balbín, podrían entenderse. La salida por el lado del Vandorismo integrándose al sistema tendría más apoyo de los Partidos Políticos.

Consideraciones a estas hipótesis

El Vandorismo es considerado por muchos como netamente reivindicativo y sin pretensiones de provocar experiencias del Pueblo cuestionadoras del sistema. Podría objetarse, sin embargo, que la experiencia de la clase trabajadora no aceptaría retornar al sistema demo-liberal que Perón consideraba superado. Esa experiencia no puede desecharse como un bien mostrenco.

d) Lo más inmediato

Al quebrarse el movimiento peronista en sus diversas tendencias, la guerrilla dejaría de estar aislada. O, al menos, no estaría más aislada que las otras orientaciones y tendencias.

El Pacto Social, tal cual se da en el momento no es un ideal a mantener, dejaría de ser asimismo una táctica válida para el sector laboral con miras a obtener una democracia integrada en orden a la comunidad organizada que pensaba Perón. Pasará entonces a ser una mera tregua que se romperá no bien la situación económica se deteriore y pese sobre el sector trabajador que, por ahora, no detente la hegemonía del Pacto.

Comenzarán así a hacerse oír los reclamos por aumentos salariales que se revertirán en los precios y el salario real se vería afectado. Las amenazas a la estabilidad política generarán tendencias inflacionarias y habrá mayor retracción inversionista que la que hasta ahora parecía detectarse.

e) **Lo que parece irreversible**

La política de apertura en el plano internacional con coincidencia de todos los sectores, aún de aquellos que se le oponían en el plano interno.

Esa apertura es clara afirmación de soberanía que establece vinculaciones con países anteriormente prohibidos por el imperialismo dominante. Con resultados beneficiosos y activantes para la economía del país en todos los órdenes.

Planteadas esta apertura en claros términos políticos y económicos se despeja el camino para que la Argentina pueda ulteriormente entrar en negociaciones con todas las naciones del mundo, aún aquellas que, por su poder, han venido dictando siempre las reglas de juego.

En pocas palabras, lo entendido por Perón en el orden internacional queda seguramente en pie. Lo obtenido en el orden interno se ve seriamente cuestionado porque era momento de un proceso que permanece inconcluso.

FE - PUEBLO EN LA ARGENTINA

Comenzamos esta Sección procurando acoger y explicitar la experiencia de fe que se ha venido realizando en la Argentina. Esta localización no pretende, en modo alguno, indicar un aislamiento de nuestra experiencia frente a la que realiza la Iglesia universal y la Iglesia Latinoamericana. Es en conjunción con esas experiencias y en medio de los procesos históricos peculiares de nuestro país que nuestra experiencia ha logrado determinadas dimensiones que quieren llegarse al concepto y la palabra.

Por lo pronto, hay que hacer una distinción entre el contenido dogmático del cristianismo en cuanto ya formulado y la actitud fundamental del hombre en cuanto juega su existencia definitivamente en la historia para la construcción de un futuro en función de un mensaje de Jesús que es necesario descubrir constantemente. Si hablamos de fe no designamos un nivel de formulaciones conceptuales, sino la existencia global del hombre, la actitud radical de su vida por la que acoge el mensaje de la Revelación, vive de la esperanza del Resucitado y se compromete al servicio fraterno por fidelidad al amor del Padre.

Conviene pues expresar esas diversas nociones de fe dado que muchas veces se sustenta una u otra, lo que determina comportamientos muy diferentes. Otras veces se pasa de una concepción a la otra con marcada

incoherencia en el comportamiento. La fe, en efecto, puede ser entendida —y es entendida de hecho— de las siguientes maneras:

- 1) Como conocimiento de la Revelación poseído por la Iglesia y el hombre cristiano, y expresado muchas veces dogmáticamente.
- 2) Como apertura creyente instaurada por el Espíritu Santo en la Iglesia y en el hombre cristiano que, al aceptarla, se ven existencialmente comprometidos con el plan salvador del Padre en Cristo Jesús actuando en la historia por ese mismo Espíritu.

Como puede verse, en esta segunda concepción se pone de relieve que la acción salvífica de Dios suscita la praxis histórica de la Iglesia. Esta praxis es verdadera responsabilidad, es decir, inserción respondiente a la apelación de Dios en la historia, respuesta existencialmente comprometida al Dios vivo que interpela a su Iglesia en el curso de los acontecimientos.

Según esas dos maneras de comprender la fe podrá apreciarse la significación que adquieren las expresiones frecuentemente repetidas de "Juzgar los acontecimientos desde la fe" o "Hacer una lectura de los acontecimientos a la luz de la fe".

Si se asume solamente la primera noción de la fe, estas expresiones importarían el someter los acontecimientos de la historia al conocimiento que se tiene de la Revelación. Al menos, al conocimiento ya logrado por la Iglesia. La Iglesia ya tiene plena conciencia de su constitución por Jesucristo y de ser depositaria del tesoro de la Revelación. Con su depósito de fe la Iglesia se encuentra en la historia de los hombres que es autónoma aún cuando su curso pueda ser influenciado por la presencia y las intervenciones de la Iglesia. De hecho la Iglesia procuraría influir en los acontecimientos y de algún modo orientarlos para que ellos se acomoden a las exigencias de la Revelación.

Se trata de una Iglesia segura de sí misma pero con seguridad que proviene no tanto de la asistencia prometida del Señor cuando del conocimiento que tiene de la Revelación. Este conocimiento de una Revelación recibida del Señor adquiere un carácter absoluto e intangible. Por ello su deber es guardar intacto el depósito de la Revelación. Frente a las vicisitudes de la historia de la Iglesia juzga extrayendo del depósito que le ha sido confiado las verdades eternas que validarán o invalidarán lo que en la historia ocurra. Podrá haber, sin duda, una explicitación creciente del depósito revelado extrayendo lo que de algún modo allí se halla contenido. Se hablará entonces de lo que en el depósito se halla explícita, implícita o virtualmente contenido según las modalidades del procedimiento para extraer las riquezas del depósito.

El depósito de la Revelación queda identificado con el conocimiento que de una u otra manera se tiene de él. Y aquí surge un problema muy serio. Porque el conocimiento de todos los hombres, aún de los hombres de la Iglesia, es un conocimiento históricamente condicionado. Este condicionamiento no es meramente exterior al conocimiento sino intrínseco al mismo. No se trata por ello de la historicidad que externamente se obtiene cuando se aplica un conocimiento absoluto a cambiantes circunstancias de la historia. El carácter intrínseco de los condicionamientos históricos en todo conocimiento, hace que en la historia no pueda haber un conocimiento absoluto. No hay, por ello, en la Iglesia un conocimiento absoluto e intemporal. Porque aunque la Iglesia esté asegurada por la prome-

sa divina de su permanencia histórica, no ha sido arrancada de la historia sino inmersa plenamente en ella. Es sólo en el transcurso de la historia, con todos los condicionamientos que en ella operan, que la Iglesia va cobrando conocimiento de sí misma y de la Revelación.

No es posible por ello a la Iglesia y a los hombres de fe el sentarse serenamente a la orilla del curso histórico, seguros de lo que poseen en su conocimiento y juzgando desde allí lo que pasa en la historia. No es posible figurarse que todo ya ha acontecido y que sólo es preciso retomarlo. No es posible imaginar que todo ya ha sido dado y sólo espera ser asido. La responsabilidad de la Iglesia ante el llamado del Dios vivo y actuante en la historia claudica allí donde se supone que todo está ya indicado y que únicamente hace falta volver a ejecutarlo. En este caso la palabra de Dios se convierte en un repertorio de recetas e instrucciones con contenido fijo entendidas como ordenanzas legales.

Frente a esta concepción se destaca la que hemos apuntado en segundo lugar. En ella se asume plenamente lo que Santo Tomás expresaba concisamente como: "Fides non in enuntiabile sed in rem". La afirmación de fe es, en la Iglesia, apertura activa a la presencia operante de Cristo en el curso de los acontecimientos humanos históricos. A través de su pasión, muerte y resurrección es El principio de vida eterna para todo hombre que viene a este mundo, y dador del pleno sentido de la historia. Por ello es El el animador de un hombre nuevo que vivificado por el Espíritu ve dilatados infinitamente los horizontes de su esperanza, por encima de todo lo que pudiera pedir e imaginar.

La Iglesia ha sido constituida como Sacramento originario de esta presencia salvífica de Cristo en la historia. Ella realiza en plenitud el pueblo de Dios en marcha, institucional y jerárquicamente organizada para responder a esta vocación sacramental constituyéndose constantemente en signo anunciador de la Presencia del Cristo Jesús que está adviniendo en la historia. A esa Iglesia toca explicitar las dimensiones con que esa Presencia se ofrece, asumiéndola desde el interior mismo de la vida de los hombres y de los pueblos, donde ella está actuando por el Espíritu.

La Iglesia —en todas sus dimensiones— debe conservar clara la conciencia de que nunca se acerca a los hombres desde el exterior para someterlos a comportamientos que sean extraños a su realidad más íntima. En todas sus dimensiones institucionales no puede anunciar sino lo que ya está operante en los hombres y en los pueblos. Frente a ellos la Iglesia, aún la docente y tanto más ella, está a la escucha del Señor que retiene siempre su iniciativa creadora. Por ello la Iglesia Jerárquica es ciertamente maestra de Doctrina pero discípula de la fe. Y si la Iglesia llama a los hombres a su seno es para que con ella y desde ella se abran responsablemente al llamado del Dios vivo y operante en la historia.

El trabajo pastoral de la Iglesia no brota en verdad de la iniciativa de los hombres que la constituyen. Brota del Espíritu que solicita a la Iglesia en todos los hombres que la constituyen para que acojan, asuman y procuren explicitar las iniciativas salvíficas de Cristo según las modalidades diversas con que ella se manifiesta. De ahí que no pueda darse una evangelización de los hombres y de los pueblos que no sea simultáneamente una evangelización de toda la Iglesia. La conversión de los hombres y de los pueblos a Cristo, procurada por la Iglesia a la que impulsa el Espíritu, comporta siempre una conversión de la Iglesia al Cristo siempre nuevo e inédito que guarda la iniciativa "de los tiempos o momentos que el Padre ha señalado con su poder".

La evangelización es pues la actividad de la Iglesia para anunciar la Buena Nueva de la presencia salvífica de Cristo con el objeto de que esta presencia siempre nueva germine, crezca y se desarrolle en la fe de los hombres, de los pueblos y de la misma Iglesia. La actividad evangelizadora de la Iglesia a la que ésta es impulsada por el Espíritu tiende a acoger, asumir y explicitar la acción salvífica de Cristo donde quiera y como quiera ella se realice.

La Iglesia no puede quedarse en actitud pasiva de espera, ni detenerse en un nuevo conocimiento o explicitación doctrinal. La acción de Cristo es dinámica donación de vida y de vida cada vez más abundante que se actualiza en la historia aunque deba consumarse escatológicamente. Por ello esa acción es juicio contra el pecado que es muerte, y contra las situaciones de pecado que impiden el desarrollo de la vida. La actividad evangelizadora, que acoge el dinamismo de la acción salvífica de Cristo debe traducirse pues en lucha contra las estructuras de pecado.

En esta concepción de la fe no es posible defenderse, sin contristar al Espíritu, de un compromiso activo con el advenir constantemente novedoso de Cristo en la historia. En la carta a los Hebreos se nos dice que: "Por la fe, Abraham, obedeciendo la llamada divina, partió para un país que recibiría en posesión; y **partió sin saber donde iba**". No se puede, sin pecar en la fe, defenderse de Dios fugándose hacia el pasado en una ensoñación restauradora. No se puede tampoco, sin pecar en la fe, defenderse de Dios huyendo hacia el futuro en una utopía doctrinaria. Ambas actitudes son pro-vocativas de Dios en cuanto expresan el intento de fijarle un marco estructural securizante, al que El debería someterse. Ello implica desafío a Dios y difidencia de Dios.

Tampoco es posible que la Iglesia asuma responsablemente la fe, si se cruza de brazos a la espera de que los acontecimientos se produzcan para correr entonces detrás de ellos. Muchas veces la Iglesia ha presentado esta imagen de trepadora apresurada en el furgón de cola de los procesos históricos.

La fe, en cuanto es apertura creyente actuada por el Espíritu como respuesta comprometida con la acción salvífica de Cristo en la historia, no espera pasivamente sino que constituye en esperanza y amor a que el acontecer se produzca. Para ello no teme recurrir a los análisis socio-políticos que sean verdaderamente expresivos de la experiencia y las aspiraciones del pueblo. Estas son signos que en los tiempos apuntan a la acción salvífica de Cristo en su operar concreto y desde ellas Cristo mismo nos reclama.

Se han señalado tres niveles de mediaciones históricas para que la fe se traduzca en respuesta productiva del acontecer salvífico.

El primer nivel sería el del análisis racional y científico de la realidad. Este implicaría una opción por el instrumental analítico, que nunca es neutro, y por una interpretación de los datos analizados. Debería decirse que el análisis, el instrumental analítico y la interpretación no son racionales en sí. Se convierten en racionales en cuanto procuran expresar la experiencia del pueblo y se someten a la misma.

Igualmente se nos señala un segundo nivel que es el de la opción por un proyecto histórico, que nunca se deduce completamente del análisis, sino que incluye un "plus" ético derivado de la capacidad humana de asumir la historia responsablemente. También debería decirse que ese

proyecto histórico no debe deducirse del análisis sino más bien ser asumido por el análisis desde la misma experiencia del pueblo en que se halla involucrado. El pueblo en su experiencia histórica tiene un proyecto existencial al que todo proyecto reflejo debe expresar, servir y someterse.

Por último se encuentra el nivel tercero de implementación práctica concreta del proyecto (reflejo). Se trata de la estrategia y de la táctica, para llevar adelante ese proyecto. Y también desde este nivel debe hacerse un constante recurso a la experiencia del pueblo. Porque no se trata de que la estrategia y la táctica sirvan a la consolidación del proyecto reflejo con que se pretende asumir el proyecto existencial del pueblo. La estrategia y la táctica deben más bien tender a ahondar, prolongar y desplegar la experiencia existencial del pueblo sin caer en la tentación de encuadrarla en un proyecto substitutivo.

Pero es claro que para colaborar así con el producirse del acontecimiento, la Iglesia tiene que aprender en la fe a hablar precaria, provisoria e interrogativamente no ya ab-aeterno e intemporalmente.

Con esto no se invalida en modo alguno lo señalado por la concepción de la fe referida en primer lugar. Todo por el contrario, los conocimientos explicitados adquieren su verdadero sentido cuando se ven incorporados en el dinamismo que alienta el Espíritu.

No se trata, en efecto, de afirmar la primacía de lo existencial e histórico a expensas de la búsqueda de expresiones de la fe —aún en lo conceptual sistemático y en las formulaciones verbales— conformes a la vivencia histórica de la misma. Y es necesario insistir en ello porque muchos cristianos, a menudo los más convencidos y los más comprometidos, manifiestan una desconfianza profunda frente a los conceptos y a las fórmulas. Su interés casi exclusivo se centra en lo experimentado personalmente, en lo que integra a una experiencia personal e inmediata. Sin embargo esa experiencia inmediata corre el peligro de privilegiar un aspecto (aquél hacia el cual uno se ha sensibilizado) y perder por ello el sentido de la totalidad.

Siguiendo aquí a Hegel diríamos que al centrarnos sobre lo inmediatamente experimentado nos hallamos sólo con “el inmediato abstracto” porque es el inmediato segregado de la totalidad en que de hecho se halla incorporado y en la que adquiere pleno sentido. Para asumirlo plenamente hemos pues de incorporarlo en un concepto sistemático —es decir totalizado— y expresarlo en formulaciones coherentes —es decir totalizantes—. De allí entonces podemos descender al inmediato experimentado, pero ya capaces de asumir con él —aunque tentativamente— la totalidad en que, de hecho, se halla incluido. Con ello habremos pasado al “inmediato concreto” y acogeremos su sentido.

De todo lo dicho resulta el sentido que adquieren las expresiones antes mencionadas de “juzgar los acontecimientos históricos desde la fe” o “hacer una lectura de los acontecimientos históricos desde la fe”.

Juzgar así “desde la fe” o “a la luz de la fe” no puede ser un juzgar desde nuestro conocimiento de la fe desgajado del compromiso existencial de la fe que colabora —podríamos decir con causalidad formal y material, no eficiente— en la producción del acontecer salvífico. Juzgar desde la fe es apoyarnos en nuestros conocimientos y proyectos para superarlos asumiendo, como instancia crítica suprema, el acontecer de la salvación que adviene en la historia.

Por ello este juzgar no es un juicio que nosotros formulamos sino un juicio que dejamos a Cristo mismo formular sobre nosotros y nuestro comportamiento histórico. El discernimiento para apreciar el sentido de los signos de los tiempos no es otra cosa que el esfuerzo creyente para dejarnos juzgar por Cristo en su advenir salvífico en la historia.

Podría uno preguntarse sobre el valor asignado en todo esto a la Palabra de Dios expresada en la Biblia. En la fe sabemos que desde ella es el Espíritu Santo quien nos habla, como ha hablado a los hombres del pasado y hablará a los del futuro. No hay allí cabida para un supuesto fundamentalismo que pretendiera que todo está intemporalmente allí sin intervención de una lectura histórica de parte de quien lee la Biblia desde el ámbito interrogativo que su propia situación histórica determina.

Cuando leemos la Biblia no podemos quedarnos con la respuesta que allí hallaron los hombres que en otros tiempos y lugares encontraron. Esa respuesta respondía a un ámbito interrogativo históricamente condicionado. No podemos asumirla como una respuesta a nuestras propias interrogaciones, a menos que cesemos de acoger nuestra propia experiencia histórica y los interrogantes que de ella brotan. Los hombres de hoy, que se comprometen en la fe productiva del acontecer salvífico en la historia, no pueden formular las preguntas de ayer. La iluminación que brota de la Palabra de Dios sólo puede ser percibida por quien la lee desde el Espíritu actuante en la historia.

Pero esa lectura desde una fe existencialmente interrogante no tiene nada que ver con aquella que trata a la Biblia como un repertorio de textos capaces de sacralizar un proyecto sobreimpuesto a la experiencia histórica de la fe y por ello mismo absolutizado. De esta utilización y manipulación de los textos bíblicos tenemos hoy sobrados ejemplos. Y lo que decimos de la Biblia vale, con tanta mayor razón, de los enunciados dogmáticos de la Iglesia y de su misma doctrina social.